

El camino hacia una mentalidad sustentable pasa por reconocer la vulnerabilidad de la humanidad, para ser capaces de cooperar con entre personas y proteger al entorno mismo.

Todos
somos

VULNERABLES



La vida corriente, normal, sin estridencias es a veces considerada como poco relevante. Se trata de ganar, de sobresalir, de destacar. La vida cotidiana de millones de personas cuyos nombres no aparecerán en letras de oro en el libro de la historia, aparentemente no tiene importancia. Es tanto como afirmar que la decencia, la bondad, la cordialidad o la práctica de las virtudes son asuntos de pusilánimes. En cambio, el éxito, los triunfos, el poder, ganar y aparecer en la cumbre se consideran como los verdaderos timbres de gloria para el ser humano.

El planteamiento anterior se retrotrae a la moral del superhombre de Nietzsche, plenamente vigente en nuestras sociedades de la posverdad. El hombre superior es aquel que desafía toda las normas, reglas o usos sociales para imponer su voluntad de significado individual, y que tiene que luchar contra la moral de los esclavos que tratan de limitarlo. El superhombre tiene una voluntad de poder, de dominación e imposición que lo hace superior, fuerte, inquebrantable, imbatible.

El error antropológico salta a la vista. Todo ser humano es vulnerable: puede ser herido, lesionado o ultrajado de formas muy diversas. La vulnerabilidad es concomitante a nuestra naturaleza humana. El origen de la palabra —etimológicamente— refiere al latín *vulnus* que significa herida.

VULNERABILIDAD Y VIDA HUMANA

La vulnerabilidad es la fragilidad del viviente y también de la naturaleza inanimada. Es la indigencia, la debilidad, la precariedad del ser humano que no se basta a sí mismo, sino que depende de otros; que necesita de cuidados y ayudas múltiples para desarrollarse y coronar su existencia. La vulnerabilidad se manifiesta en la enfermedad —algo que la pandemia ha hecho patente para todas y todos—, y también en el cansancio, la vejez, la mortalidad o la obcecación.

La vulnerabilidad no sólo es debilidad, sino una condición de la incumbencia por la que mutuamente no referimos unos a otros.

Algo nos incumbe cuando cae dentro de nuestro espectro de funciones, competencias o responsabilidades.

La vulnerabilidad no sólo es debilidad, sino una condición de la incumbencia por la que mutuamente no referimos unos a otros.



De esta suerte, la vulnerabilidad radical del ser humano hace que todos los demás sean de nuestra incumbencia. Y también nos lleva al gratificante hecho, de cada que cada una y cada uno de nosotros seamos de la incumbencia de los demás, en tanto seres necesitados que requieren ayuda.

La responsabilidad se alimenta de la vulnerabilidad porque nos hace codependientes en el mejor sentido de la expresión. Dolorosamente estamos aprendiendo que la naturaleza también es vulnerable, que es capaz de ser dañada por nuestros comportamientos, y que puede ser destruida.

La toma de conciencia de nuestra vulnerabilidad y de la vulnerabilidad de la naturaleza es sin duda la clave para estar abierto a las relaciones con los demás seres humanos, con los demás seres vivientes del mundo, con los seres inanimados e incluso con los siderales.

La vulnerabilidad tiene una función crítica: nos obliga a modificar la manera en que nos hemos pensado.

EL MÉRITO Y LA SUERTE

La vida está llena de paradojas: sumisión y dominación, vulnerabilidad y resiliencia, personas que nacen con estrella y personas que parece que nacen estrelladas. Personas que parecen perdedoras y otras ganadoras. Personas conectadas o desconectadas, incluidas o marginadas, aceptadas o rechazadas. Y ello no depende necesariamente de los méritos personales, sino que como en todo también las circunstancias influyen y determinan.

Ya en la Biblia quedó escrito el imperio de lo fortuito. En el *Eclesiastés* el autor nos advierte que «he visto bajo el sol que los veloces no ganan siempre la carrera, ni los valientes la guerra, ni los sabios tienen el sustento, ni los inteligentes la riqueza, ni los instruidos estima, pues en todo interviene el tiempo y el azar». (9:11) Es decir la suerte, la fortuna o la casualidad.

En el siglo IV (a.C.) el dramaturgo Aristófanes escribió la célebre comedia *Pluto*. En ella se relata la angustia y el fastidio que vive un campesino, quien a pesar de su empeño apenas logra malvivir y se indigna «al ver medrar a gentes trapaceras que logran dinero injustamente, mientras muchos que son buenos lo pasan mal y son pobres».

La vulnerabilidad radical del ser humano hace que todos los demás sean de nuestra incumbencia. Y también nos lleva al gratificante hecho, de que cada una y cada uno de nosotros seamos de la incumbencia de los demás.



Ante la buena fortuna de los que con rapacidad y poco esfuerzo logran acumular grandes riquezas, el agricultor está perplejo sobre la forma de educar a su hijo, pues si le enseña a actuar con justicia, sin timos, teme condenarlo a la pobreza crónica. La comedia plantea entonces que el problema radica en que el dios de la fortuna tiene mala vista, y por ello actúa desafortunadamente, lo que lleva a ingeniosas y divertidas aventuras para curarle de su mal.

Por su parte, el poeta Simónides de Ceos ya en el siglo VI (a.C.) denunció que muchos perseguían el triunfo, sin distinguir entre suerte y mérito: «el hombre al que todo le sale bien, es bueno, y al que todo le sale mal, es malo. El mejor es el aquel a quien la fortuna favorece». La bondad del ser humano se mediría por su riqueza y poder, y su maldad por la carencia de ellas. Lo que me ha golpeado es que esta consideración sigue vigente. Hace unas pocas semanas oí a un mentor muy reputado afirmar que las enfermedades en las personas devienen de las infracciones morales. Así, la buena salud haría a su poseedor un hombre bueno, o la dolencia denotaría la maldad del sujeto. En otras ocasiones, quienes realizan operaciones de dudosa moralidad —generalmente personas otros países— comentan cínicamente que Dios está contento con ellos, pues de otra forma no los premiaría con el éxito económico que alcanzan. Sería tanto como decir que es bueno el rico por su riqueza y malo el pobre por su pobreza.

El poeta griego creía, sin embargo, que el fracaso no empequeñece al ser humano; valoraba a las personas por sus intenciones y su empeño, al margen de sus tropiezos. Lo importante es el futuro envisioned, la dirección vital de la existencia, la tensión hacia lo más profundo del ser que lleva a la trascendencia, y que aunque no permita acumular mucho materialmente, empoderarse hasta la cumbre o tener una visibilidad de vitrina, permite dar y recibir el aliento que hace posible la solidaridad, la generosidad y el desarrollo compartido.

Se trata de esa gran cantidad de personas —entre las que, tal vez, podríamos contar muchos de nosotros— que hay que aplaudir y apoyar porque corren el maratón de la supervivencia (no del éxito) con espíritu de servicio, de benevolencia y de desinterés.

Tantas y tantas personas que madrugan, que trabajan jornadas interminables que no acaban con el trabajo remunerado, sino que continúan en la casa, en la escuela, en el desarrollo de actividades comunitarias; que hacen horas extras, que no bastan para que les alcance y que no llegan al final de mes, a pesar de esforzarse en demasía. Es la odisea cotidiana y silenciosa de los que viven en el filo de la existencia, con la vida pendiente de un hilo, sintiendo además la vergüenza, el disimulo y el temor a que los otros los culpen por estar, en cierta forma, a la intemperie.

Es la acuciante angustia de las incesantes necesidades primarias, que no pueden satisfacerse con los mínimos que la dignidad humana exige. Es la pesadumbre de quienes incluso con ingresos medianos —cualquier cosa que esto signifique— afrontan el peligro de una mala racha, de una crisis económica de la que no son responsables, de decisiones políticas, financieras o comerciales que pueden arrojarlos al vacío no sólo de la pobreza, sino de la miseria.

RESPECTO Y CONSIDERACIÓN FRENTE A LA DOMINACIÓN

Las situaciones emergentes, los cambios climáticos, las pandemias y los colapsos geopolíticos nos remiten constantemente a la fragilidad de las vidas que vivimos en la incertidumbre. Nos hacen cobrar certeza de la necesidad de remediar la indigencia propia y extraña, porque el desarrollo no es sustentable si no resulta compartido. La posibilidad del remedio está en que, partiendo de la precariedad de la existencia, nos orientemos al respeto y la consideración para incorporarlas a nuestra cultura, a nuestro modo de relacionarnos y de vivir la vida.

La precariedad es una constante de la vida humana en muchos aspectos. Etimológicamente precario comparte raíz con «plegaria», lo que alude a la necesidad de pedir socorro o favores para mantenerse a flote.

Ante lo precario de la existencia del ser humano, la única actitud válida es mostrar respeto ante las deficiencias, insuficiencias e ineficacias de toda de vida humana. Respeto que deriva del verbo latino «mirar» y comparte raíz con «perspectiva»: mirar a los demás de manera integradora, cordial, completa y holística; sin desfigurarlos, sin deformarlos, ni mostrarlos como

Ante lo precario de la existencia del ser humano, la única actitud válida es mostrar respeto ante las deficiencias, insuficiencias e ineficacias de toda de vida humana.

odiosos. Hay quien sostiene que el odio tiene una relación directa con la odontología, por aquello del centelleante dolor de muelas, pero también porque el odio tiene, como las caries, un efecto pernicioso que destruye, corroe y corrompe por dentro.

Frente la mirada belicosa que contrapone está la confianza para salir del mar de susceptibilidades y entrar en espacios de consideración mutua. El coraje para fiarse del prójimo depende de su reconocimiento y aceptación. La consideración es el reconocimiento del valor propio de cada ser humano, de cada ser vivo y de los seres inanimados. Es la ponderación de lo propio e inagotable de cada ser humano, de su derecho a ser ayudado y de ser aceptado para colaborar.



La clave de la consideración y del respeto para superar la precariedad es la vulnerabilidad. Aquí está el punto de inflexión para poder cambiar en el modelo de desarrollo. Porque la vulnerabilidad nos hace ser solidarios en la común posesión de una naturaleza frágil, indigente y débil. Necesitamos reconciliarnos con nuestra propia vulnerabilidad, porque desde ahí, veremos que todos somos iguales, verdaderos y co-dependientes.

EL PRINCIPIO DE DOMINACIÓN HA COLONIZADO LAS MENTES

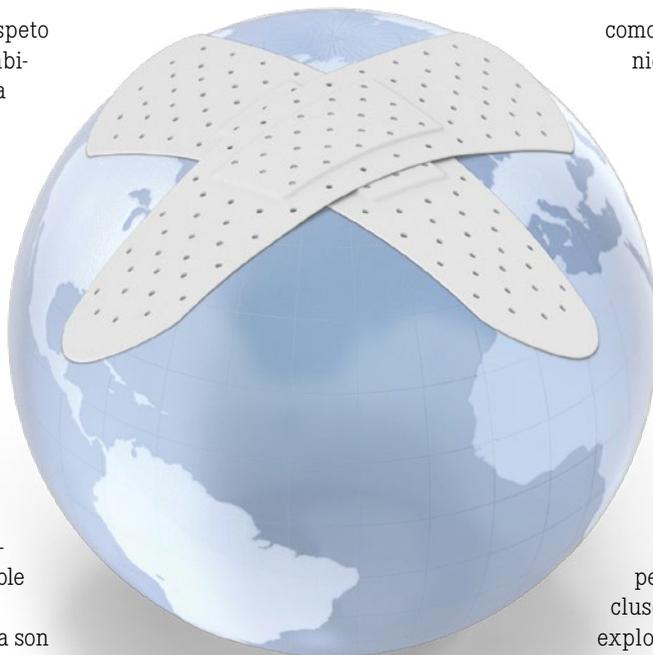
El paradigma del superhombre, encarnado en unos cuantos privilegiados, ha dado carta de naturaleza a la voluntad de dominio, de imposición y de violencia irrefrenable contra todo lo que se opone al deseo propio.

Los populismos de derecha y de izquierda son producto del afán de dominación, del ejercicio de la ley del más fuerte y de la arbitrariedad, que llevan al autoritarismo y buscan el sometimiento. También los regímenes tecnocráticos, funcionalistas y desarrollistas sin crecimiento compartido, que generan marginación, exclusión y hacen proliferar élites acaparadoras, han contribuido al desconcierto, a la desconfianza y al recelo respecto de las instituciones.

Constatamos el vacío existencial de los humanos que se sienten seducidos por las políticas de género, por la desinstitucionalización de la vida social, por el igualitarismo mediocrizante que impide la responsabilidad personal y el espíritu de iniciativa, por los populismos falsamente patrióticos o nacionalistas...

Un vacío que ha sido generado, también, por nuestra sociedad consumista, relativista y hedonista (había que completar la triada). Un vacío que trata de ser llenado con el sucedáneo del sentido que prestan los movimientos psicologistas, las ideologías de derecha e izquierda que proponen un regreso a un pasado utópico, suscitando la polarización en el presente para dividir en el presente y dominar el futuro.

El principio de la dominación se enseorea de la tierra, de los recursos y de las personas por la colonización ideológica que el paradigma del egoísmo y del propio interés nos ha impuesto



El mundo está dividido entre los que viven en dominación y los defensores de la consideración (respeto, convivencia, mutua estima y cuidado compartido...).

como verdad incontrovertible. El pensamiento nietzscheano ha supuesto la represión de nuestra vulnerabilidad mediante el recurso de la dominación, que transforma las relaciones humanas en oposiciones insalvables que llevan a la guerra, que se impone en todas las esferas de la vida social, económica y política.

La guerra en Ucrania, el capitalismo financiero, la explotación de la naturaleza, la competencia generalizada sin cuartel, puestas como ideal humano de perfección nos llevan al enfrentamiento que suprime, ante la presión de que sólo puede haber un ganador.

La guerra siempre es el mal: muertos, heridos, marginados, expoliados... pero nuestro mundo ya está en guerra incluso en tiempos de paz. «Cuando el hombre explota a otros hombres —decía Jean Jaurés, socialista francés—, aunque suceda en tiempos de paz, es la guerra».

El gran desafío es promover una relación con los otros seres humanos, con los demás seres animados e inanimados, que no sea de dominación, sino de respeto y consideración. Hay que hacer posible la superación de nuestra precariedad y vulnerabilidad a través de un desarrollo compartido que a todos alcance: porque en este mundo caben todos y no sobra nadie.

SUSTENTABILIDAD Y VULNERABILIDAD

El mundo está dividido entre los que viven en dominación (explotación laboral, violencia, economía extractivista y lesionadora...) y los defensores de la consideración (respeto, convivencia, mutua estima y cuidado compartido...). El afán de dominación se funda en la ley del más fuerte y el afán de humanización busca la vigencia de la ley del más débil.

Que nuestras sociedades fortalezcan al eslabón más débil es un imperativo, porque sólo así la cadena de la solidaridad hará resistir a las instituciones sociales —familia, escuela, empresa, comunidades, nación, Estado de derecho— frente al embate de los populismos autoritarios de derecha y de izquierda.

Hay que generar un movimiento de fondo que remueva nuestra interioridad, para que al

reconocernos como seres vulnerables y mortales, le otorguemos un sentido a nuestra existencia, que implique la construcción de algo más grande que nuestras pequeñas singularidades.

La ecología física, moral, humana tienen un sentido existencial, moral y trascendente. Va más allá de la lucha por revertir el cambio climático, que es condición sine qua non de la sustentabilidad. Apunta a una meta más alta: la solidaridad con todos los seres humanos, comenzando por los más cercanos, y la cohabitación en armonía con el resto de los seres animados e inanimados.

Esta actitud de reconocimiento de los demás es lo único que puede cicatrizar las heridas, generar confianza y hacer posible la colaboración, que es lo opuesto al afán de dominio imperante.

Podemos elegir rodearnos de consideración, de respeto, de saber reverenciar lo que hemos heredado, para lograr más belleza, más verdad y más bondad en nuestras vidas; menos violencia en nuestras relaciones sociales, económicas, políticas y cívicas. Podemos abandonar los pensamientos y las conductas tóxicas que llevan a la maledicencia, a la humillación y al desprecio de los demás. Y desde allí podemos ser inventivos, innovadores y creativos.

Necesitamos estrategias, planes de acción, difusión de modelos culturales inclusivos que remedien la pobreza, que promuevan la integración y hagan efectiva la igual dignidad de que es portador cada ser humano. Una red de cordialidades como la que propongo requiere cierta igualdad, para convertir la pluralidad en una ordenada concordancia, que es en lo que consiste la paz. San Agustín argumentaba que también los bandidos quieren que el botín se reparta de manera equitativa. Un reconocimiento de los injustos a la justicia, y que es aleccionador para nosotros.

Ante una calamidad colectiva como puede ser la pandemia o la crispación social inducida por unos y provocada por otros, necesitamos ver en los demás rostros: no bandos. Contemplarnos unos a otros como un nosotros. La sospecha nos vuelve solitarios e insolidarios, suspicaces e ineficaces. El respeto y la consideración nos devuelven al entendimiento básico, sin el cual no se puede construir algo.

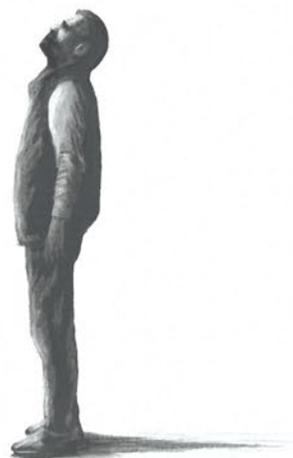
Hay que salvar el hogar común. La economía general de nuestro país y del mundo requieren una nueva visión que sea holística, integradora,

Necesitamos estrategias, planes de acción, difusión de modelos culturales inclusivos que remedien la pobreza, que promuevan la integración y hagan efectiva la igual dignidad de que es portador cada ser humano.

ecológica. En su origen, la economía política surge de la necesaria afluencia de medios para el sostenimiento del hogar. La *oikonomia* es la legítima preocupación por el cuidado de la casa particular de cada uno, pero también de la casa común, que es esta maravillosa nave azul —el planeta Tierra—, en la que hacemos el maravilloso viaje de nuestras vidas. Esta *oikonomia* —cuidado de la casa de todos, porque todos necesitamos albergue— supone no dejar a nadie en la cuneta, construir comunidad, escuchando y fiándonos de aquellos que no comparten nuestras ideas. Es tentador considerar malvado y malintencionado a quien piensa diferente, y así es como nos despeñamos en el precipicio.

O navegamos juntos o naufragamos a la vez. Si solo vemos adversarios, nos derrotarán las adversidades de la política tribal. Hoy en el arca de la alianza o de la salvación debemos caber todos. Aquí no sobra nadie.

Termino con una pregunta formulada a un profesor: «¿es posible mejorar a las personas con el método de tratarlas excepcionalmente bien?». Tras un momento reflexión, el catedrático respondió con contundencia: «Sí, si es posible». Hay que seguir —argumentó— el método de San Juan de la Cruz. Como es sabido, el santo daba una solución precisa: pon amor donde no hay amor, y obtendrás amor. «Hay que poner lo que no encontramos —concluía el profesor—, y sacaremos lo que buscamos. Tratar a las personas de forma exquisita —con respeto y consideración— es reconocer su verdadero valor. </>



El autor es profesor decano del área de Entorno Político y Social en IPADE Business School y doctor en Derecho por la Universidad de Navarra.